

colección rúbrica



PILAR ALONSO DE PEDRO



LA ESENCIA DE MI SER

esstudio
ediciones

Mi pueblo

Recordando con fervor a mi pueblo de antaño.

Bordando tu campo de esplendor, porque fuiste pueblo agrícola y ganadero.

En mis recuerdos no veía el esplendor que tienes ahora, con la mayoría de tus gentes viviendo del aeropuerto. Antes tus habitantes iban y venían con carros de labranza y caballerías por las calles de esas plazas empedradas, a veces dejando un olor a estiércol que llevaban en esas carretas para abonar y fertilizar los cultivos. Los segadores trabajaban para las casas ricas del pueblo, esos señores de postín que eran los amos de las fanegas de tierra de labranza.

Siempre hubo gente que daba alegría a la chiquillería del pueblo, como Manolo, el que tocaba el bombo por las calles cuando le apetecía, y los niños íbamos corriendo detrás de él, gritándole: «Manolo, toca el bombo».

Otro de los acontecimientos que esperaba con entusiasmo la niñería era cuando el ganado pasaba por el pueblo de regreso a su redil. Los niños íbamos todos corriendo para tocar con cariño a esas ovejas o carneros que llevaba el pastor. Nuestra alegría era ponerles nombres y observar su evolución día a día.

En las puertas de las corralas había carros de labranza y espigadoras que se recogían al acabar cada jornada.

Así fue mi niñez. Nosotras jugando en las eras, haciéndonos con malvas vestidos de novia, corriendo, saltando... ¡Qué felices éramos! Teníamos esa inocencia de antes, la de nuestras abuelas, y todo lo

veíamos en ese marco lleno de felicidad, porque solo teníamos que ocuparnos en ser niños. Nuestras madres se reunían en los corrales, cosiendo a nuestro lado con las abuelas cuidándonos. Yo aprendí a coser a una edad muy temprana; el dedal se me escapaba de los dedos y hacía vainicas y sobre vainicas, mantelitos de lagarterana, coser un botón, ojal, y saber zurcir un calcetín o una media.

La mujer de antes debía saber coser, lavar la ropa, planchar y cocinar; era nuestra condición por haber nacido con este sexo. Mis hermanas y yo tuvimos la suerte de que mis padres lucharon por la educación de sus hijas, y nos dieron nuestras carreras.

Las tardes eran de costura con las madres y las abuelas, siempre en buena armonía en aquellos patios de las corralas, con la radio de fondo, al fresco con los geranios en flor. Sin saberlo, así se ayudaban con cariño de verdad. También había sus comidillas, o dimes y diretes, entre la vecindad, y sus críticas sin maldad; todos sabían de todos y siempre estaba esa alma caritativa que pedía para ayudar a fulanita y menganito.

Si hoy echo algo en falta en esta sociedad son esas charlas de la vecindad y esa calidad humana. Ahora nos invaden las prisas, y vivimos en pisos dormitorio donde apenas compartimos un «hola» o un «adiós»; nos cuesta saludar al vecino y cada uno va a su bola, metido en ese mundo del progreso con las nuevas tecnologías, que hacen que a día de hoy tengamos más jóvenes sordos que hace una década, por tanto artilugio eléctrico.

Todo se sabía de todos. Por todo esto, quiero rendir un homenaje a mi adorable pueblo y a sus raíces, que me hicieron ser la clase de persona que hoy soy.

Con este libro me siento más cerca de los míos: por los que están y los que ya se han ido, es mi homenaje para todos ellos.

Recuerdo ese sitio sombrío por el que llegaba el susurrar del viento en invierno. A mi madre tejiendo sin parar: guantes, gorros, bufan-

das, patucos y jerséis. Mantitas echas con tanto amor y de tanto colorido, que nos echábamos por la noche en los pies para resguardarnos del frío invierno. En la cama, para no pasar frío, esos calentadores de goma de agua caliente con los patucos. Casas sin calefacción ni agua; eran otros tiempos que marcaron nuestro caminar por la vida.

A mi memoria llega esa ráfaga de aire fresco en primavera, con el cielo azul abierto de almohadillas de algodón que contemplábamos, e imaginábamos animalitos entre las nubes suaves, tumbados en las praderas mirando ese universo estelar. Praderas llenas de madre-selvas, margaritas silvestres, hierbabuena, romero y jara.

Mi pueblo estaba dividido: por la colonia Iberia, allí vivía la gente que trabajaba en el aeropuerto. El 30 de abril de 1931 (yo todavía no había nacido) se inauguraba de forma oficial el Aeropuerto Nacional de Madrid, hoy conocido como Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas.

En el pueblo teníamos dos colegios: San Pedro Apóstol y Virgen de los Villares. San Pedro estaba en la plaza chica; era del Estado. El Virgen de los Villares estaba en la Avenida General, regentado por un matrimonio: Venancio y Dionisia.

La farmacia de toda la vida, con sus tarros de botica, la regentaba Salvador.

Varias vaquerías: mi abuelo en la C/ Caldera. Isidro en la plaza grande. Barroso en la C/ Empedrada. Manolo y Mariano en la C/ Los Pajarones.

Una Iglesia de San Pedro de Antioquía, fundada a mediados del siglo XVI y actualmente Parroquia de San Pedro Apóstol. La torre y gran parte de la construcción, tal como hoy se muestra, se trazó en el siglo XVII. La iglesia, que sufrió incendios, reforma y muchos avatares a lo largo de los siglos, fue reconstruida en 1954.

La Ermita Nuestra Señora de la Soledad del siglo XVII, restaurada y reabierta en 2003, hoy en día se encuentra a la entrada del

pueblo, en la rotonda. Para el cura todo era malo; no hay nadie peor que quien se cree tener el conocimiento de la verdad siempre.

Conocí a Don Máximo, el párroco oficial, a Don Pedro y a Don Antonio. A veces llegaron a ser una guía de unión del rechazo colectivo por sus propias palabras, tan llenas de resentimientos. Ellos tenían por aquella época una mano particular para quien quisieran colocar en Aviación.

Encorsetados por el qué dirán, muchos de los ricachones vivían a veces sin poder vivir, en ocasiones de las apariencias. Esa forma de vivir nunca la he llegado a entender. Si eras diferente te etiquetaban para siempre; de ahí el refrán «cría buena fama y échate a dormir, cría mala fama y échate a morir».

Una fábrica de hielo, varias peluquerías, dos tahonas (panaderías): la de la Ger y la de Jacinto Peña. La carnicería de los Barrales. Un alguacilillo de la plaza de toros de Las Ventas llamado Paco Llorente (El Taté). Un estanco, un cuartel de la Guardia Civil, pescadería regentada por Chiqui (la hija del tío Farruco), fruterías, ultramarinos.

La fragua la llevaban dos hermanos, y estaba en la C/ Empedrada. Un practicante, Antonio, vivía en la entrada de la Colonia Iberia. El cabrero se llamaba Isidro: salía por el pueblo, y se iba llevando las cabras y ovejas de los vecinos al monte a pastar.

Un cine: *Sanz*. Al lado del cine también había una sala de baile, llamada «*El Tambi*»; era un corral grande para bailar.

La gente rica tenía fincas y ganados. Había tierras de regadío de alfalfa, más tarde quedaron de barbecho; las tierras de secano eran de centeno, cebada, trigo y avena. Teníamos una telefónica regentada por Felisa y Teodoro, con su hijo Julio. Un puesto de chuches al lado de la iglesia.

El pueblo tenía grandes soportales de estilo románico. La plaza grande o Plaza Mayor de la antigua Villa de Barajas ha tenido, con los vaivenes de la historia, distintos nombres. La llamada Plaza de Barajas

recibió el nombre de Plaza de España por acuerdo municipal de 14 de julio de 1950. Modificado en 1959, se le asignó la denominación actual, Plaza de Hermanos Falcó y Álvarez de Toledo, en memoria de Manuel Falcó, duque de Fernán Núñez, y Tristán Falcó, conde de Barajas. Yo la conocí rodeada de árboles y con una fuente en el centro. Hoy en día está ocupada por una zona ajardinada, arbolado y sigue la fuente en el centro. En un lado de la plaza pusieron con los años un puesto de periódicos, rodeado por soportales con construcciones y elementos de distintas épocas. Llamen la atención sus columnas de piedra, muchas de ellas originales, y los dinteles de madera.

Había también una sastrería, estaba en la corrala donde yo vivía. En la Colonia de Iberia había un economato para los empleados que trabajaban en las líneas aéreas, varios bares y tabernas.

Una flota de autobuses de Nájera para viajes largos. Dos zapateros: Tirso (este hombre tenía unas manos enormes, vivía en la plaza chica) y Chicuelo, que tenía la tienda en la bajada a la carbonería, que estaba en la Plaza Chica junto a la calle del Carbonero; íbamos a comprar carbón y leña para las casas, que se calentaban así, y también se cocinaba con ello.

Había un lavadero donde íbamos a lavar la ropa. Un oficial de palas que trabajaba la harina, se llamaba Antonio.

Recuerdo respirar aire limpio, sentirlo, abrazándome esa brisa fresca de la mañana. Muchos cambios desde entonces a mi alrededor; alegrías, desgracias, no me gusta el llanto, quiero ver amor en las personas, en los hogares, en las familias, en las palabras. ¡Nada es eterno!

Hagamos de nuestro paso por la vida algo constructivo, ya que todo es efímero y veloz. A veces, fugaz ante nuestros ojos.

¡Despertad del letargo! Vivamos las ausencias con nuestra vida, recuerdos que no volverán, pero que tampoco se nos irán.

Hoy, desde mi pluma, quiero ofrecer este poema a mi gente: a los que ya no están y a los que, aun estando, es imposible abrazarlos.

ABRAZOS PERDIDOS

Hay abrazos que calman el alma.
Hay abrazos que se fueron, sin poderlos tomar.
Cuando el tren se paró sin retorno.
Cuando la vida se escapó sin regresar.
Y se fue mucha gente querida.
Y se quedan.
Y ausentes hoy están.
Se quedaron,
aunque ya se hayan ido.
El espacio se llenó de luz.
Y lo habitan,
todos los que ya se han ido.
Y en la noche,
te llega el insomnio.
Cuando tú los quieres recordar.
Y esa lágrima
se quedó ya seca,
de tanto esperar.
Y no brota,
se oprime sin más.
Hay estrellas
que te abrazan el alma.
Hay silencios
que se llenan de abrazos.
Hay abrazos
que en silencio se dan.

Apodos

Apodo o mote es el nombre que se da a la persona en vez del suyo propio, y que generalmente hace referencia a algún defecto, cualidad o característica particular que distingue a la persona.

En mi pueblo eran muy dados al poner el mote en lo que trabajaban.

Ninchi - Chano - Yuya - Garnacha - Pacheco - Manso - Chicuelo - Pulga - Pelele - Sencha - Cuco - Cholejas - Chepa - Farruco - Raspi-lla - Manitas. Estos son algunos de los apodos que tenían los del pueblo.

Vecinos

Los vecinos de mi tiempo eran gente amable; vivían con sus problemas. Comunicativos, entregados, lloraban contigo y reían a la vez. Fieles a sus principios, muy humanitarios y solidarios con todos. No existía la envidia, o por lo menos no se veía el querer pisar al prójimo. Eran gente del campo, ganaderos, obreros, gente llana sin perjuicios en hablar alto y claro, todo lo que tenían en sus manos lo entregaban desinteresadamente.

Aún recuerdo con alegría esas noches de verano alumbrados en el corral con la luz de la luna. Todos sacaban sus sillas primero a la puerta de la calle, hablaban entre ellos de cosas mundanas o de cómo había ido la jornada de trabajo que habían tenido en el campo: la máquina de segar que se había estropeado, los aperos de labranza que no estaban en buenas condiciones, la vaca que estaba por parir, el lechón que había llegado o la casa que se había levantado fulano o mengano. A veces simplemente estaban disfrutando de una bonita noche estrellada, con el botijo al lado, y la última charla la hacían metidos en la corrala de vecinos.

Todos sabían de todos; a veces destacaba alguno/a con una lengua muy poco usual entre ellos, y esos no eran bien acogidos porque se expresaban de una forma que el pueblo llano no entendía. Ellos mismos los llamaban «los cultos», como con rechazo o desprecio. Cuando pasabas por su lado se te quedaban mirando de arriba abajo y te decían:

—Ir con Dios.

Entre ellos se daban codazos si no te reconocían, y comentaban en tono malicioso:

—Este seguro que anda perdido, o es el hijo de la Eustaquia, el que estaba por ahí buscándose la vida, que ahora ha vuelto al pueblo con el rabo entre las patas.

No se cortaban en decir lo primero que se le venía a esa cabeza dura de mollera, pero frágil de corazón.

Las madres estaban tranquilas; sabían que donde estuviesen sus hijos siempre estarían protegidos, por esas almas humanitarias y caritativas que eran los vecinos. En cualquier casa se podía pedir agua, y si se terciaba te daban de comer o te colocaban un bocadillo de chocolate con pan o de mantequilla de tres gustos. A veces se escuchaba desde cualquier ventanal:

—¿Habéis visto a mi Manolo?

El más puntillero o puntillera contestaba:

—Estaba hace un rato en la era pelando la pava.

Y terminaban guiñándose el ojo los unos a los otros.

Las casas siempre estaban abiertas de par en par. Hoy en día se han perdido esos valores; no hay amor al prójimo, ni entrega desinteresada. Vivimos en una vida llena de temor, ira, envidia, desilusión, desconfianza y rencor.

Yo tuve la gran suerte de tener a mi lado muy buenos vecinos, siempre estuvimos muy cercanos los unos con los otros. Había una relación de afecto, simpatía, confianza, amor, consuelo, respeto y compañía. Eran personas que no solo compartían contigo los mejores

momentos de su vida, sino también los peores. A veces nos regañaban si veían algo que no les gustara, eran como nuestras madres, abuelas, tíos...

—Mari Pili, no hagas eso que se lo voy a decir a tu madre.

—Vale, Dominga, no lo hago.



Hermanas

Mi familia

Soy la mayor de tres hijas. Me crié en una familia con un amor muy particular, mis padres tenían pura obsesión de que a sus hijas no les faltara de nada. Querían para nosotras todo lo que ellos no tuvieron, por otros motivos particulares que ahora mismo no viene al caso nombrar, carecieron de muchas cosas en su juventud.